

y perfecto, es la que ha observado la Santísima Virgen de Guadalupe con nuestra Patria, desde el momento feliz de su Aparición en el Tepeyac. Y comenzando por el orden espiritual, Ella ha echado en nuestra Patria las raíces hermosísimas de la Fé, pues á ella le debemos, en primer lugar, este beneficio inestimable, sea en su establecimiento, sea en su conservación hasta nuestros días.

II

Los medios ordinarios de que Jesucristo quiso valerse para sembrar la fé en las inteligencias de los hombres, fueron como bien lo sabéis, la predicación de los Apóstoles. Quiso valerse de estos medios, entre otras sabias razones para manifestarnos: que así como en otro tiempo á una sola palabra de Dios había salido de la nada este mundo material, así también una palabra suya sería bastante para hacer salir de la nada el mundo espiritual, el mundo de las almas, el mundo de la fé y de la gracia, el reino de Dios que es la Iglesia católica. Esa palabra fué: "Id, enseñad" y los Apóstoles sin otra virtud que la de esa palabra, llevaron la buena nueva hasta las extremidades del orbe, subieron montañas hasta entonces inaccesibles, navegaron por mares desconocidos, pasaron por entre tempestuosos escollos, visitaron plazas que aún no había hollado la planta de los viajeros y conquistadores. El nombre de Jesucristo fué bendecido y adorado, así en la choza del salvaje como en la tienda del bárbaro; las más altas montañas ostentaron en sus cimas la civilizadora Cruz de la Redención, las más lejanas soledades oyeron hablar del Evangelio; el mundo espiritual, el mundo de la cultura intelectual y moral en su más alto grado de perfección, había salido de las tinieblas del paganismo, como Dios había hecho nacer en otro tiempo la luz del tenebroso caos.

Pero esos medios tan admirables de anunciar la fé fueron los ordinarios, no

los únicos, fueron las causas segundas é instrumentales, no la primaria y eficiente. Jesucristo pudo por lo mismo, dueño de las almas y de la fé, no servirse de esos medios ó asociarlos á otros más nobles y más dignos cuando lo creyera conveniente, y esto hizo puntualmente al establecer la fé en nuestro suelo por medio de la Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Porque aunque fuera una verdad admitida por todos los historiadores, lo que asientan fundados en ciertas conjeturas solamente algunos, respecto á la venida de Santo Tomás á predicar la fé á estas regiones, podría decirse que la preciosa semilla derramada por aquel Santo Apóstol había caído á lo largo del camino de donde una parte había sido arrebatada por las aves del cielo, y la otra conculcada por la planta de los transeuntes, porque es un hecho histórico puesto fuera de duda, que á la llegada de los conquistadores, no reinaba en este país otra religión que la más cruel y degradante idolatría, que el espíritu de las tinieblas ejercía pacíficamente su imperio absoluto en estas bastas regiones; la idea de Dios horriblemente desfigurada, los principios de la moral enteramente pervertidos, altares sin número levantados por todas partes á horrendas divinidades, millares de víctimas humanas, sacrificadas sin piedad en sus abominables aras; sacerdotes inclementes que respetaban como un misterio sagrado arrancar el corazón aún vivo y palpitante del pecho de sus hermanos para ofrecerlos cuál víctima sencilla á sus implacables Deidades; los habitantes todos en una palabra, sentados en la sombra de la muerte, bajo las malignas influencias, bajo el cetro de hierro de las potestades infernales. Es una verdad que los conquistadores, no obstante los desórdenes que reinan ordinariamente en los campamentos, hijos de la cruz y celosos á su modo conquistador, de establecer su misma fé en los conquistados, derribaron por la violencia los altares de los ídolos, retrajeron de su culto

por el temor de los castigos á la multitud de sus adoradores y conminaron con penas atroces á sus sacerdotes. Pero la fé católica, Señores, no es la fé musulmana; la fé católica no se impone por la fuerza, ni su yugo suave y racional se impone al filo de la espada; la fé es un don que solo Dios infunde y que si una sola alma no quiere aceptar, en vano se coligarían para ese fin todas las potestades de la tierra.

El mismo Dios, Señor natural de nuestras almas que conoce todas sus entradas y salidas, y que cuando le place entra á dentro de ella, como en su propia casa; Dios, jamás hace violencia á nuestra libertad al infundir la fé, y aun quiso que sus Apóstoles careciesen del poder de la elocuencia, no sólo para que ninguna creatura se atribuyese la gloria que sólo á él es debida, sino para dejar á nuestras almas en la plenitud de su libertad, ya para aceptar la fé, ó apartarse de ella una vez aceptada.

Es verdad que inmediatamente después de la conquista, algunos varones apostólicos, algunos celosos misioneros, conquistadores mansos y dulces y dispuestos á no derramar más sangre que la suya, se consagraron con ardor á la conversión de los indios; pero estos esforzados varones, atendido su pequeño número, las grandes dificultades de aprender idiomas diferentes, y la vasta extensión de nuestro territorio, no consiguieron á pesar de sus heroicos esfuerzos, sino frutos muy escasos y limitados. Mas apenas aparece la Virgen Santísima de Guadalupe, apenas toca y santifica nuestro venturoso suelo con sus celestiales plantas, apenas toma posesión de esta herencia suya, cuando la fé católica se difunde por la vasta extensión del antiguo imperio mexicano y fuera de él con la misma rapidéz con que derrama su luz el sol naciente. Aun no se hallaba concluido el primer templo que la piedad le había consagrado, cuando todo este nuevo mundo era cristiano; muchedumbres innumerables de todas las tribus, de todos los lu-

gares, de todas las razas que habitaban en este vasto suelo, pueblos dilatadísimos, naciones enteras, multitud de seres racionales groseramente supersticiosos, dominados por instintos de crueldad, oprimidos por toda clase de violencias, degradados hasta lo sumo, á la plausible noticia del admirable portento de la Aparición de Santa María de Guadalupe, vuelven dentro de sí mismos, conocen su dignidad natural, olvidan sus desgracias, depone sus instintos feroces, no pueden resistir á llamamientos tan dulces y tan tiernos, vienen en masas á prosternar sus corazones agradecidos á los pies de su amorosa Madre, y á mezclar las lágrimas que la ternura hace derramar á sus ojos con las aguas regeneradoras del bautismo que corren por sus cabezas. María Santísima de Guadalupe fué quién hizo estos prodigios de conversión á la fé, con los irresistibles atractivos de su gracia, y las ingeniosas invenciones de su tierna caridad. Todo esto lo hizo por haber sido constituida por Dios Madre especial de los mexicanos; por lo mismo puede decirnos con mayor razón que el Apóstol San Pablo á los Corintios: "aunque háyais tenido diez mil preceptores y maestros en Jesucristo en la fé, yo solo os he engendrado y dado á luz como vuestra tierna Madre."

Mas no sólo de este beneficio somos deudores, sino también de haber conservado esa fé entre nosotros hasta nuestros días. Cuando se trate de conocer el estado que guarda la fé en un pueblo ó en una nación, no deben hacernos mucha fuerza las apostasías parciales ó interesadas de algunos de sus indignos miembros, como en nada perjudican al buen orden, honor y disciplina de un gran ejército las deserciones de algunos egoístas y cobardes soldados. Así es que sean cuales fueren los escándalos que en materia de fé nos hayan hecho presenciar los tiempos actuales, la Iglesia mexicana, debido á la protección de la Santísima Virgen de Guadalupe, es ahora tan visible como en sus tiempos más felices; ni un sólo me-

dades de la Santísima Virgen de Guadalupe.

¡Oh! con cuánta razón la Iglesia católica llena de reconocimiento por tantos favores, celebra las glorias de nuestra dulce Madre en el Oficio nuevo que acaba de conceder, poniendo en sus labios las mismas palabras de la Sabiduría increada con que hace á grandes rasgos su propia historia, pues todas ellas no son sino un bellissimo resumen de los innumerables beneficios que ha dispensado á nuestra Patria.

"Yo, dice, he arraigado en un pueblo honrado, heredad y posesión de mi Dios, y he fijado mi residencia en la plenitud de los Santos. Yo he perfumado la santidad de todos, semejante al cinamomo, al bálsamo aromático y á la mirra escogida, y difundí en este pueblo de mi habitación la fragancia más exquisita de virtudes, como el estoraque, el gálbano, la ungula y el incienso no sacado por incisión."

"La protección que les he dispensado ha sido semejante á la sombra del terebinto que extiende sus ramas, y á la manera de una vid los he llenado de riquezas y beneficios haciendo florecer y dar fruto de honor, de gracia y de obras buenas. Porque yo soy la madre del amor hermoso, del temor y de la santa esperanza. Por eso os invito generosamente que vengais á mí los que me deseais y os llenéis de mis frutos, pues mi espíritu es más dulce que la miel y mi posesión más que la miel y el panal. Los que me escuchan no serán confundidos, los que obran por mí no pecarán y á los que me honren y sigan mis consejos se les ha de dar la vida eterna."

IV

Quién señores, podrá resistir á los atractivos que encierran estas palabras tan amorosas? Al escucharlas el corazón palpita con vehemencia y las lágrimas brotan espontáneamente de los ojos, porque son palabras de la más dulce de las madres. ¡Oh si fuera posible que las crea-

turas del Universo nos prestasen el lenguaje elocuente con que ensalzan las glorias del Señor, pediríamos á las fuentes cristalinas de los valles el dulce susurro de sus aguas, á los bosques el armonioso murmullo de sus hojas, á las aves del cielo sus alegres cantares y á toda la creación ese himno de alabanza que embelesaba al Real Profeta, para celebrar las glorias y bondades de la Santísima Virgen de Guadalupe. Sí, ¡oh! amabilísima Señora, sois Vos nuestra Madre y nuestra Reina; por eso el corazón de todos los mexicanos os pertenece con justicia, y todos deseamos amaros, y corresponder generosamente á vuestra dulce invitación.

Pero especialmente la Diócesis de Querétaro, representada por esta numerosa y escogida peregrinación, viene á ofreceros testimonios especiales de santo afecto. Es tanto lo que os aman, que por Vos han emprendido un largo y penoso viaje, y se sienten con tal resolución de sacrificarse por Vos, que bien puede decir con el Apóstol San Pablo: ¿Quién nos separará del amor de la Santísima Virgen de Guadalupe? Nadie absolutamente: ni el demonio, ni el infierno, ni la vida, ni la muerte, ni las tribulaciones más grandes; porque el amor de Nuestra Señora es la luz de nuestros ojos, la alegría de nuestro corazón, el bálsamo de nuestras penas y la fortaleza en nuestros combates. Este amor, Señora, que vivifica su existencia, no es nuevo en ellos, es el legado precioso que han recibido de sus antepasados y que han sabido conservar con honor.

Este templo augusto en cuyo recinto estamos, puede dar testimonio de esta verdad: sus muros se ven decorados con una preciosa pintura del Obispado de Querétaro; sus bóvedas han resonado en estos días con los cánticos armónicos del Orfeón de esa Diócesis y su pavimento ha sido regado con las lágrimas de estos fervorosos peregrinos.

Recibid, pues, oh amados hijos en el Señor, las felicitaciones más sinceras del último de los Obispos á quien habeis edi-

ficado con vuestros ejemplos. Jamás borreis de vuestra memoria las tiernas bondades de la Santísima Virgen de Guadalupe, y procurad cada día darle mayores pruebas de vuestro amor. Seguid transmitiendo á las generaciones futuras la devoción á esta excelsa Señora que habeis recibido desde la cuna en medio de las caricias maternas, y quiera el cielo que al abandonar este valle de lágrimas, tengáis todos la dicha de contemplar á Nuestra dulce Madre en medio de los esplendores de gloria con que se apareció en esta venturosa montaña.

Y á tí, oh ilustre hermano mío, digno Prelado de la Iglesia de Querétaro, permíteme que desde esta cátedra sagrada te dé los parabienes más sinceros. Has comprendido perfectamente que la misión de un Obispo mexicano, en todos tiempos, pero especialmente en los presentes, consiste en hacer uso de su autoridad y del prestigio que le da la plenitud del sacerdocio, para fomentar en el corazón de los fieles el culto de la Santísima Virgen de Guadalupe y darle todo el esplendor posible. Esta misión tan hermosa y tan patriótica, la has cumplido perfectamente, pues todos somos testigos de tus desvelos, de tus fatigas y de tus importantes iniciativas en esta materia.

Gracias, pues, te doy, de lo íntimo de mi corazón, y aunque indigno pediré á la Santísima Virgen de Guadalupe, que prolongue para su gloria tu existencia, que te consuele en tus penalidades y amarguras y que cuando la muerte cierre tus ojos, tus sienes sean ceñidas con la corona inmarcesible de la gloria, que á todos os deseo.

HERMOSA ALOCUCION.

"El inteligente y laborioso Sr. D. Lauro Arizcorreta, cuya quinta modelo está situada junto al basurero de la ciudad, (México) tuvo la noble y feliz idea de celebrar

la Noche Buena, ofreciendo una cena á los trescientos pobres que para ganar su miserable sustento trabajan en el muladar. Tenemos el gusto de insertar la alocución del Sr. D. José de Jesús Cuevas dirigida á esos infelices y recomendamos á nuestros lectores su grata y provechosa lectura. Héla aquí:

"Mis grandes amigos y queridos hermanos:

"Jamás había tenido la honra de hablar desde tribuna más alta, ni de dirigir la palabra á una asamblea más elevada ni más digna, mucho más que si lo fuera de reyes. Me dirijo en esta noche, la más grande y solemne en la serie de los tiempos, á vosotros los pobres del muladar, los que vivís de las basuras: á vosotros los pobres de los pobres, es decir, los predilectos del Señor, los aristócratas de la miseria, los que sois mártires sublimes de un instante, para llegar muy pronto á transformaros en los inamovibles potentados de la eternidad.

"Lo pobreza, que considerada á la luz vacilante y escasa del mundo, es el compendio aterrador de todos los dolores humanos, contemplada á la vívida é indeficiente luz del cielo, se convierte en el más rico é inagotable de los tesoros. Llevada la pobreza con paciencia, es el perenne prodigio que trocará las de espinas en coronas de estrellas, y en manto de espléndida púrpura los miserables harapos.

"Tiene que ser verdadera nuestra religión cuando ha santificado la pobreza, porque sólo siendo divina pudo atreverse á llamar á la faz de todos los grandes y dichosos de la tierra bienaventurados á los pobres.

"¿Qué dura es la pobreza para el cuerpo y para el alma!

"En esta cruel estación, el frío hace crujir las carnes cuando no tienen abrigo. El hambre tenaz é implacable, abate y quebranta el cuerpo hasta que lo hace desfallecer. No tener techo contra la intemperie, casi hace inferior al hombre á la suerte de las fieras, que encuentran sus cubiles al ménos en el fondo de los

desiertos y en la espesura de las selvas. Estar desnudo, es una vergüenza y un dolor. Para las enfermedades del pobre no hay remedios ni consuelos: no tienen distracción sus tristezas, ni treguas sus amarguras. La pobreza es el martirio lento é inacabable de todo el cuerpo.

"Y son más acerbos los dolores que la pobreza hace sentir al alma. El trabajo, esa esclavitud ineludible á que nacemos destinados todos, tiene cadenas muy pesadas para el pobre; quizás sea más dolorosa que la dura fatiga con que adquiere el mermado jornal para sustentar la vida, la insolencia de la mano cruel que se lo paga, arrojándose como si fuera una limosna, cuando debiera presentarse lo de rodillas como quien tributa á la justicia.

"El corazon humano está formado para amar. La del amor es la sola atmósfera en que pueden respirar las almas, el sólo aliento propio de seres inteligentes y libres. Sin amor, el corazon humano se moriría de asfixia. Nadie hay que no ame á alguien sobre la tierra. ¿Quién no tiene padres ancianos ó hijos pequeñuelos á quienes sustentar? ¿Un hermano en desgracia ó algún amigo desvalido á quien socorrer? ¿Una esposa querida, mitad de nosotros mismos, una hija, depósito el más sagrado y tierno que pueda confiarnos Dios? No poder darle ni un báculo al pobre anciano en que apoye sus últimos pasos sobre la tierra, ni un andrajo á la hija con que cubra su inocencia, ni una flor á la mujer santamente amada con que pueda adornar sus enmarañados cabellos, es el más angustioso tormento de la pobreza. No tener qué dar, es el supremo y más sublime sacrificio del pobre.

"El pobre que lo es con resignación, es un héroe, un martir y un santo. Pero Dios, que es todo amor, para que el pobre no desfallezca en su camino de abrojos y pueda rendir con aliento su abrumadora y fatigosa jornada, le ha dado desde ahora y como una prenda de galar-

don que para despues le guarda, los dos mas grandes tesoros de su bondad infinita: la paciencia, que trueca en delicias los dolores, y la esperanza, que torna ligero todo fardo, que á los reflejos de su luz inmortal empequeñese todo lo de aquí y hace esplender en toda su grandeza lo de allá.

"¿Si el pobre pudiera comprender cuán grande es el don que con la pobreza ha recibido del cielo, se moriría de júbilo!

"Ser pobre es ser predestinado: es pagar desde la tierra la expiación de nuestras miserias, para entrar sin deudas á la eternidad; estar divisoando desde aquí abajo el radiante trono que le espera allá arriba para reinar eternamente al lado del Juez Inmortal de los siglos. No alcanzan la inteligencia ni el amor humanos, para comprender el valor inmenso de ese diamante purísimo, de ese incomparable tesoro, que en nuestro ruin lenguaje llamamos pobreza, y sólo deberíamos denominar el más seguro sendero de la eternidad feliz y la llave maestra del paraíso.

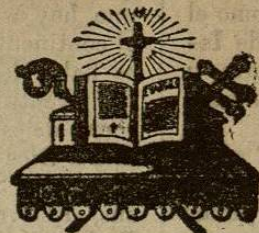
"Dios es muy rico. Es suya toda la tierra, con todas sus minas y sus frutos, con todos sus montes y sus mares. Son suyos el radiante sol, esa luna, cuya apacible luz nos está alumbrando, y todos esos astras incontables que cruzan el inmenso firmamento. Tambien son suyos los cielos con todos los ángeles y santos que los pueblan. ¡Asombraos: ese Dios infinitamente rico, al hacerse hombre, sólo uno escogió para sí entre todos sus tesoros: la pobreza! Siendo dueño de todos los tronos, prefirió nacer en un pesebre: tuvo frío, y apenas tuvo pañales en que envolver sus adorables carnes.

Desde que el Verbo Humanado quiso nacer en un establo, ganar el pan con el sudor de su rostro y no tener donde reclinar su cabeza, quedó tan dignificada y santificada la pobreza, que toda gente pensadora y noble, tiene que inclinarse con respeto ante la augusta majestad de la miseria honrada.

(Concluirá)

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, FEBRERO 8 DE 1896.

NUM. 27.

Seccion I.

S. C. DE RITOS.

Misas que deben celebrar los Sacerdotes extraños en una iglesia ó oratorio público.

URBIS ET ORBIS.

Omnes et singuli sacerdotes, tam sæculares quam Regulares ad ecclesiam confluentes, vel ad oratorium publicum, missas quum sanctorum tam beatorum, etsi Regularium proprias, omnino celebrent officio ejusdem ecclesiæ vel oratorii conformes, sive illæ in Romano, sive in Regularium missali contineantur; exclusis tamen peculiaribus ritibus Ordinum propriis.

Si vero in dicta ecclesia, vel oratorio, officium ritus duplici inferioris agatur, unicuique ex celebrantibus liberum sit missam de *Requie* peragere, vel votivam, vel etiam de occurrenti feria, iis tamen exceptis diebus, in quibus præfatas missas rubricæ missalis romani vel S. R. C. decreta prohibent.—Die 9 mensis decembris anno 1895.

Seccion III.—Variedades.

SERMON

Predicado en frances por el Ilmo. Sr. L. N. Begin, Arzobispo de Quebec, en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe de Mexico, la tarde del domingo 13 de Octubre de 1895.

[TRADUCCION DEL TIEMPO.]

Veni de Libano, sponsa mea, veni coronaberis.

Ven del Libano, oh esposa mía, ven y serás coronada.

Cant: IV, 8.

La Santa Iglesia pone en los labios de Dios Todopoderoso, del Rey de reyes esas afectuosas palabras de nuestro Libro inspirados, por las cuales convida á la Virgen Inmaculada á la posesión de la gloria eterna, á su coronación en el cielo. Ha adornado á esa bien amada esposa con todas las virtudes; las gracias más preciosas, los dones sobrenaturales más raros y más exquisitos, los privilegios más extraordinarios le han sido concedidos con una magnificencia verdaderamente divina; Dios la ha colocado per

mento ha interrumpido su respetuosa y filial armonía con la Cátedra de San Pedro, columna y firmamento de la verdad; corren aún por sus venas esas dos potestades de orden y jurisdicción que llevan la vida hasta las últimas extremidades de su cuerpo, como esas corrientes de fluidos invisibles que circulan y regeneran incesantemente nuestro globo. Aún hay en la Iglesia mexicana custodios tan celosos como vigilantes del Santo depósito de la fé, y el cuerpo de simples fieles, es decir, todo el pueblo mexicano, dócil á la voz de sus Pastores, camina unido y compacto hacia la Patria celestial por entre las dificultades que encuentra en su sendero, como en otro tiempo el pueblo de Dios se adelantaba hácia la tierra de promisión dejando tendidos en el desierto los cadáveres de los blasfemos y de los murmuradores.

III

¡Oh! cuántas gracias deberíamos darle á la Santísima Virgen de Guadalupe por este beneficio tan grande. Sin embargo no es esto sólo. Una madre cristiana que cifra todas sus aspiraciones en conducir á sus hijos al cielo, despues de cultivar sus entendimientos con las enseñanzas de la fé, procura con tierna solicitud cultivar sus corazones disponiéndolos convenientemente para que reciban el fecundo rocío de la gracia y cooperen generosamente á sus celestiales inspiraciones; porque la fé sola, á pesar de sus grandes excelencias, no basta para nuestra santificación. Esta amorosa solicitud en que de preferencia se refleja todo el amor maternal, la ha desplegado admirablemente la Santísima Virgen de Guadalupe en favor de nuestra Patria.

Para demostraros esta verdad, paso en silencio las bellísimas disposiciones para la virtud con que ha enriquecido el corazón de los mexicanos, tales como la dulzura y sencillez de su carácter, el respeto y veneración por las cosas santas y, sobre todo, ese amor especial hácia la Santa

Cruz que se nota en la mayor parte de los pueblos de la República.

Paso también en silencio los copiosos frutos de santidad que durante los tres siglos que nos han precedido ha dado nuestra Patria, pues son un testimonio elocuente de ellos la innumerable multitud de templos levantados por todas partes por la piedad cristiana, los Colegios, Hospitales, Institutos de beneficencia y otras obras que sería largo enumerar, que han llenado nuestro territorio con el delicioso perfume de la virtud. Concretémonos á los tiempos presentes.

Un escritor contemporáneo ha dicho que es tal la corrupción de costumbres, que como un diluvio universal ha inundado á todas las clases de nuestra sociedad y amenaza sepultar bajo sus impetuosas aguas el Arca santa de los escogidos. Aunque estas palabras exageradas, fuesen verdaderas en todo su rigor y extensión, deberíamos sin embargo, confesar que la Santísima Virgen de Guadalupe se ha reservado actualmente, como Dios en otro tiempo en su pueblo escogido, millares de fieles, hijos suyos, que no han doblado la rodilla ante Baal, y que dan un testimonio elocuente de sus amorosos desvelos por nuestra santificación.

En nuestra Iglesia hay todavía Obispos, dignos sucesores de los Apóstoles por un ardiente amor á Jesucristo, su celo en buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas, su profunda humildad y desprendimiento de todas las cosas de la tierra. Obispos bajo cuyas plantas en sus visitas pastorales reflorece la pureza de costumbres y la disciplina eclesiástica, y que á tantas virtudes añaden los inestimables tesoros del saber humano. La Iglesia mexicana se regocija aún de tener en su clero, sea el secular ó en los restos del regular, sacerdotes venerables que han encanecido entre el estudio y la oración, que han viajado en beneficio de los pueblos por todos los reinos de la verdad, han visitado todas las playas del error, que no se dejan ver sino entre las sagradas tinieblas del Santuario para o-

frecer la purísima oblación ó derramar sobre las almas redimidas las aguas que emanan de las fuentes perennes del Salvador; que no pasan los umbrales del templo sino para llevar el perdón de Dios al moribundo, para unguir á los atletas de Jesucristo antes de entrar en sus últimos y formidables combates, para llevar el pan de los Angeles á aquellas vírgenes que van á emprender como Elias el trabajoso camino que conduce al monte santo de Dios. La Iglesia mexicana tiene aun sagradas vírgenes que ya por sus votos ó sin ellos, conservan sin mancilla la cándida virtud de su pureza, siguen al cordero de Dios por donde quiera que va, y antonan en pos de él ese misterioso cántico que no es dado á otros labios entonar; aún de las clases más corrompidas de nuestra sociedad, se siente el buen olor de Jesucristo que exhalan tantos piadosos cristianos que la Providencia Divina tiene especial cuidado de conservar precisamente en esas clases, ya para convertir á sus hermanos descarriados, ó para hacer inexcusable su iniquidad con el edificante espectáculo de los buenos ejemplos. La Iglesia mexicana tiene el consuelo de ver entre los simples fieles santificarse diariamente millares de ellos en la oscuridad de su estado, y en el fiel cumplimiento de sus penosos deberes. Pero para qué citaros esos ejemplos, cuando tenemos á la vista el movimiento grandioso que se nota en toda nuestra Patria, ansiosa de ofrecer á la Santísima Virgen de Guadalupe esa corona de oro, emblema de su amor y de su humilde vasallaje? Todo esto ¿qué indica? que á pesar de las terribles tempestades que ha suscitado el infierno, á pesar de todas las maquinaciones de la impiedad, el corazón de los mexicanos no se ha marchitado, ostenta aun hermosísimas flores de virtud y santidad que ha hecho brotar la Santísima Virgen de Guadalupe con sus maternales cuidados y tierna voluntad por nuestra santificación, cumpliendo de esa manera la misión nobilísima que Dios le confiara de arraigar profundamente en sus

escogidos: "In electis meis mitte radices."

Despues de estos beneficios generales del órden espiritual, debería hablaros de los beneficios generales del órden temporal que la Santísima Virgen de Guadalupe ha dispensado á Nuestra Patria; mas para no abusar de vuestra atención, os diré solamente que México en sus espantosas inundaciones, en sus pestes homicidas, en sus hambres desoladoras, en sus terribles terremotos, en sus grandes calamidades y profundos infortunios, jamás ha desesperado; siempre llena de confianza ha ordenado solemnidades religiosas y públicas plegarias á la maternal protección de Santa María de Guadalupe, y despues ha esperado tranquila el remedio de todos sus males, aunque para obtenerlo haya sido necesario un milagro. Debería hablaros igualmente de los beneficios particulares dispensados por esta Madre bondadosa, pero esto sería emprender una obra interminable; preguntadlo á esos innumerables enfermos desahuciados, á quienes restituyó la salud, á esos navegantes agradecidos á quienes salvó de un inevitable naufragio, á esas madres enternecidas que vienen á presentarle en su templo el fruto de sus entrañas por haberlas salvado de los mortales peligros de un parto difícil, á esos grupos de fervorosos peregrinos que de todos puntos de la República vienen á hacer resonar las bóvedas de este Santuario con piadosas alabanzas, himnos de bendición, hacimiento de gracias, por algun insigne favor que han recibido, ó por una merced que esperan alcanzar de su maternal clemencia; preguntadlo á las paredes de sus templos de donde cuelgan esos trofeos de su misericordia, esas muestras patentes de su poder y de su bondad, esas insignias de su caridad maternal, símbolos mudos pero que publican muy alto su virtud bienhechora, señales grandiosas de algun milagro obtenido por su valimiento, monumentos elocuentes con que la piedad agradecida quiso eternizar en la memoria de las generaciones futuras los amables recuerdos y tiernas bon-